

Por los siglos de los siglos

por Oscar Wong

EL PLANTEAMIENTO que Enrique González Rojo establece en su más reciente libro de poemas. “Por los siglos de los siglos”, publicado por la Editorial Papeles Privados (México 1981, 55 páginas), e básicamente derivado de sus poemas anteriores (“Para deletrear el infinito”, “El antiguo relato del principio” y “El quíntuple balar de mis sentidos”), reunidos en la antología “A solas con mis ojos”.

Es decir para Enrique González Rojo (no confundirlo con su padre el autor de “Estudio en cristal”, poema que merece una revisión crítica), la poesía constituye una serie de instancias para manifestar lo infinito de lo finito. En este mismo orden de ideas, la palabra determina una serie de reflejos cognoscitivos válidos para constatar lo que los alemanes denominan Weltanschauung.

SIN EMBARGO, mientras en sus libros anteriores el autor se mostraba más rígido en la técnica y el contenido (más solemne para terminar pronto), manifestando su posición filosófica (No pretendo cantar el infinito como si fuera un mero espectador, ni hundirme en drama existencial con la muerte a espaldas del ser a perpetuidad de su presencia. Cuando mi pluma toma la palabra lo hace para mostrar que soy, que somos, cuando lo somos, una etapa consciente, angustiada y vigilante, que nace y muere en el interior mismo de la materia eterna), en el libro “Por los siglos de los siglos” olvida esta premisa.

SU PROGRAMA poético, en el presente, parte del sarcasmo, del humor incluso, para puntualizar en el statu quo del mundo capitalista contemporáneo. Marcadamente narrativo, el libro resalta lo inoperante de la realidad dentro del ámbito literario por cuanto la poesía -y el arte en general- constituye un reflejo, -

no mecánico, desde luego- de ese sistema de relaciones que designamos en tanto “realidad”, que va desde las vivencias integradas a los procesos sociales e históricos, hasta la insoslayable función de la imaginación creadora.

EN MOMENTOS, por la manera de ridiculizar al hombre a través de animales y de objetos inanimados, “Por los siglos de los siglos” adquiere el tono de la fábula. Los árboles hacen crecer hojas y frutos a voluntad: los pájaros quedan suspendidos en el aire y los perros atisban a la conciencia de clase y pretenden organizarse.

Todo le sirve a González Rojo para ironizar. Pretende, incluso, que el poema se transforme en un artefacto capaz de explotar en las manos de los lectores... conociendo de antemano que la palabra no puede transformar las circunstancias que nos rodean. Por supuesto que el sarcasmo funciona admirablemente, por cuanto todo en el libro transgrede las leyes de la lógica de la ciencia.

MADURO EN la expresión, González Rojo se desenvuelve con facilidad examinando de cerca el cumplimiento de la filosofía, de los principios de la causalidad –no de la casualidad- que responden necesariamente a los hechos y sus efectos. Empero, el fino humor del que hace gala le sirve para reflejar al hombre y a la sociedad consumista.

A pesar de los reproches y de las intenciones del autor, expresados a través del sarcasmo, no puede decirse que González Rojo sea un moralista, ni tampoco un fabulista que al hacer hablar a los animales y a los entes inanimados entregue una moraleja, un cuestionamiento ético-moral.

González Rojo es ante todo un poeta, si pero que se burla del statu quo imperante, y lo hace con feroz malignidad, con

virulenta efectividad, dándole la proporción social al qué del poema.

“EXCELSIOR”, Junio 11 de 1982.